

Michael Löwy
**Trayectoria de la
Internacional Socialista
en América Latina**

El innegable éxito que tiene actualmente la Internacional Socialista en América Latina es un hecho histórico nuevo que plantea algunas interrogantes. ¿Por qué estuvo casi ausente del continente en el último medio siglo (1920-1970)? Y ¿pueden las fuerzas políticas que constituyen hoy su área de influencia en América Latina ser consideradas como socialdemócratas?

Antes de abordar la coyuntura actual, nos parece útil avanzar algunos breves elementos histórico-analíticos sobre la trayectoria de la Internacional Socialista (IS) en el continente latinoamericano. Nuestra hipótesis central es que la cuestión de *la relación hacia el imperialismo* es la clave para comprender las contradicciones y problemas que caracterizan a esta trayectoria.

Las primeras tentativas de crear partidos obreros de corte socialista en América Latina datan de fines del siglo XIX; se trataba frecuentemente de la transposición no mediatizada del modelo europeo de socialdemocracia a las sociedades latinoamericanas. El problema no es tanto el origen europeo de los precursores (alemanes, italianos, españoles) cuanto el espejismo, la asimilación mimética de la experiencia europea por algunos de los primeros dirigentes socialistas *autóctonos*, que no toman en cuenta las particularidades propias de las formaciones sociales del continente, en cuanto países dependientes, explotados y dominados por el imperialismo. En la obra de Juan B. Justo, representante de la tendencia más moderada (propiamente socialdemócrata) y fundador del Partido Socialista Argentino (1896) –el único que se mantuvo fiel a la Internacional Socialista a lo largo de toda su historia- este mimetismo se manifiesta de la forma más contundente. Partidario decidido del libre cambio, Justo cree que se pueden utilizar en los países de América Latina en el siglo XX los mismos argumentos que emplearon los socialistas europeos en el siglo XIX contra el proteccionismo; en su principal obra teórica, publicada en 1909 (*Teoría y práctica de la historia*) plantea:

En la República Argentina los derechos de aduana encarecen enormemente todo lo que se introduce para el consumo de la clase trabajadora [...] Internacional de tendencia y organización, el partido obrero que sostiene su oficina central de Bruselas y celebra la fiesta mundial del 1° de Mayo, no

puede ser engañado por las ficciones del nacionalismo industrial o proteccionismo. Para él las actuales trabas al comercio entre los pueblos son tan bárbaras como lo eran hace ciento cincuenta años las que impedían el comercio de provincia a provincia.¹

Más aún: Justo hace suyas las ideas de la corriente europea “socialcolonialista” en el seno de la Segunda Internacional y justifica, en nombre de la “civilización”, las guerras coloniales de conquista contra pueblos “salvajes” o atrasados: “el pueblo trabajador”, escribe en su libro,

no puede reconocer a la guerra sino un objetivo legítimo, el de abrir nuevas zonas del medio físico-biológico para la vida inteligente, objetivo en que la guerra conserva su carácter primitivo de lucha biológica, y que, llevado con sinceridad [sic], abre nuevos territorios a propietarios, no sólo técnica y económicamente adelantados, sino también políticamente libres.

Se considera habitualmente a Juan B. Justo como el introductor del marxismo en América Latina; es verdad que fue quien tradujo *El Capital* al castellano, pero sus tesis deben más al social-darwinismo y a Spencer –o a Sarmiento y su escuela de pensamiento en Argentina- que a Karl Marx. En el fondo, Justo no está lejos de aceptar la clásica ideología europea de la “carga del hombre blanco”, sólo rechazando su “forma estrecha”:

Cada pueblo está obligado a explotar por sí mismo o abrir a la explotación de los otros las riquezas naturales del suelo que considera suyo, so pena de perder su dominio por la violencia. Ante feraces llanuras sin cultivo, o preciosos depósitos minerales que yacen sin aprecio, nada detendrá la extensión del progreso técnico, aun cuando para realizarlo sea necesaria la guerra. Es lo que ha expresado Rudyard Kipling, en forma estrecha y antipática, al hablar de “la carga del hombre blanco”. En la isla de Sajalin, yerma en manos de los rusos, el progreso técnico-económico es la carga del hombre amarillo, que transforma rápidamente este territorio, desde que lo ha

¹ Juan B. Justo, *Teoría y práctica de la historia*, 1909, ed. Libera, Buenos Aires, 1969, pp. 485-86. En la Conferencia Socialista Internacional de Berna, en 1919, Juan B. Justo va a batallar por el libre cambio y por la “unificación económica del mundo” (capitalista); véase J. B. Justo, “Después de la guerra”, *Internacionalismo y patria*, ed. La Vanguardia, Buenos Aires, 1933, p. 27.

reconquistado [...] Suprimidos [sic] o sometidos los pueblos salvajes y bárbaros, incorporando todos los hombres a lo que hoy llamamos civilización, el mundo se habrá acercado más a la unidad y a la paz, lo que debe traducirse en mayor uniformidad del progreso.

Aplicado a América Latina, ese razonamiento justifica, en la obra de Justo, las guerras de Estados Unidos contra México –en las cuales “la exuberante civilización norteamericana, en dos pequeñas expediciones militares, quitara extensos territorios, no al pueblo de México, sino a la oligarquía de facciosos que lo gobernaba”- y las intervenciones americanas en Cuba: “los cubanos riñeron entre sí hasta que ha ido un general norteamericano a poner y mantener en paz a estos hombres de otra lengua y de otras razas”. Estos ejemplos muestran, según el teórico socialdemócrata argentino, que “ante el rápido progreso de otros pueblos” (concretamente Estados Unidos) “nuestra civilización” (es decir la latinoamericana) parece no ser sino “un grado relativo de barbarie”.²

Es comprensible que –con la excepción parcial de Argentina, el país más “europeo” de América Latina- ese tipo de corriente socialdemócrata haya tenido poca penetración al sur del río Grande, donde muy temprano la reivindicación nacional, en su dimensión antimperialista, ha sido un eje esencial de las luchas populares (liberación nacional de Cuba, revolución mexicana, gesta de Sandino).

Después de la primera guerra mundial, bajo el impacto de la Revolución de Octubre, se va a dar un proceso de adhesión masiva de los socialistas latinoamericanos a la Internacional Comunista: la totalidad del Partido Obrero Socialista de Recabarren en Chile, la mayoría de PS uruguayo y una minoría significativa del PS argentino. Poco a poco, en el curso de los años veinte, los comunistas del continente se van a apropiarse del leninismo y la problemática antiimperialista, que tendrán su primera expresión teórica latinoamericana en los escritos de Julio Antonio Mella y José Carlos Mariátegui.

Sólo permanecerán con la Internacional Socialista los partidos argentino y uruguayo, después de la ruptura de su ala izquierda; pero sus relaciones con la Internacional son esporádicas y ésta manifiesta poco interés por América Latina. Es característico que el principal partido socialista de América Latina, el PS chileno, fundado en 1933, no aceptó afiliarse a la Internacional Socialista, criticándola

² Juan B. Justo, *Teoría y práctica de la historia*, pp. 135-39. Pero en 1925 Justo se va a solidarizar con el presidente Calles durante el conflicto entre México y Estados Unidos; véase Dardo Cuneo, *Juan B. Justo y las luchas sociales en Argentina*, ALPE. Buenos Aires, 1956, pp. 443-45. La orientación de Justo es combatida en el seno del socialismo latinoamericano por la corriente revolucionaria representada por Luis E. Recabarren.

como reformista. En su historia del movimiento obrero latinoamericano, Víctor Alba afirma que “el partido socialista chileno se afilió a la II Internacional entre las dos guerras, pero después de la segunda”.³ Alba no añade ninguna referencia documental de esa afirmación: Julio César Jobet cita por el contrario, en su historia del PS chileno, la Declaración de Principios aprobada en el Segundo Congreso (1935) del partido, que proclama: “EL socialismo chileno critica al socialismo reformista de la II Internacional, por su posición conformista dentro del rodaje del sistema demoburgués capitalista”.⁴ En realidad el PS chileno no se afilió jamás a la IS –aun si se acercó a la Internacional en algunos periodos de su historia- y nunca fue realmente un partido socialdemócrata (aun si hubo tendencias socialdemócratas en su seno): el combate contra el imperialismo fue desde su origen un aspecto esencial de su programa anticapitalista. Se suele decir que Chile es el país de América Latina cuyos partidos tienen el carácter más “europeo”: Partido Comunista, Partido Socialista, Partido Radical, Partido Conservador, Partido Demócrata Cristiano, etcétera. El hecho de que su primer partido socialista se afiliara a la Internacional Comunista y el segundo no cobrara un carácter socialdemócrata ni siquiera afiliarse a la Internacional Socialista sugiere la existencia de límites y obstáculos a la implantación de la socialdemocracia en el continente.

Es después de la segunda guerra mundial que la Internacional Socialista empieza a interesarse más por el Tercer Mundo. Pero se trata de un periodo (a partir de 1947) en el cual el espíritu de guerra fría, el atlantismo y el anticomunismo son características centrales de la política de la IS (por anticomunismo entendemos obviamente no las críticas al stalinismo o a la subordinación de los partidos comunistas a la URSS, sino la tendencia a considerarse el comunismo como el enemigo principal, y al imperialismo como un aliado indispensable para combatirlo). En esas condiciones, la Internacional Socialista, lejos de participar en las luchas antimperialistas del continente, aparece como una expresión del Bloque Atlántico (bajo el liderazgo de Estados Unidos), lo que no puede sino limitar de manera singular su influencia y poder de atracción. La pasividad de la IS ante acontecimientos como la invasión de Guatemala en 1954 es un ejemplo de este problema.

En realidad en esta época la IS desarrolla una actividad muy limitada hacia América Latina; todo pasa como si su dirección considerara tácitamente el continente latinoamericano como “zona de influencia” de Estados Unidos, o más precisamente, de sus fuerzas más “democráticas”: el ala liberal del Partido Demócrata, la AFL-CIO y la ORIT, o eventualmente el Partido Socialdemócrata de

3 Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, ed. Libreros Mexicanos Unidos, México, 1964, p. 117.

4 Julio César Jobet, *El partido socialista de Chile*, 3ª. ed., ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1971, p. 118. Hay que añadir que la III Internacional también es severamente criticada en ese documento.

Estados Unidos (Norman Thompson), en esa época bastante cercano al Departamento de Estado. Como existían pocas divergencias entre la IS y la orientación norteamericana, es comprensible que la socialdemocracia europea no viera la necesidad de crear un campo propio en América Latina.

Atendiendo a gestiones de los partidos socialistas de Argentina y Uruguay, el Buró de la IS decidió constituir en 1955 el Secretario Latinoamericano de la Internacional Socialista, cuyo encargado fue el socialista uruguayo Humberto Maiztegui; pero para darle alguna viabilidad, tuvo que establecer en su argumento que no era necesaria la afiliación a la IS para adherirse al Secretariado. El Partido Socialista Popular (una de las fracciones del PS chileno) aceptó participar en el Comité Consultivo del Secretario Latinoamericano y asistió a sus reuniones (en mayo de 1956 en Montevideo, en diciembre de 1956 en Buenos Aires y en abril de 1958 en Santiago de Chile). Pero esa estructura fue de corta duración; las exigencias del anticomunismo oficial de la IS llevaron a su disolución, de hecho, en 1961: la dirección de la Internacional no podía aceptar la colaboración con un partido, el PS chileno, que participaba en una alianza con el partido comunista (el FRAP, Frente de Acción Popular, que presentó a Salvador Allende como candidato común de socialistas y comunistas).⁵ Este episodio permite comprender mejor por qué la IS no logró durante los treinta primeros años de posguerra, ganar una influencia orgánica significativa más allá de su tradicional base en Argentina y Uruguay: sus preocupaciones y obsesiones tenían poco que ver con las de las masas trabajadoras del continente, atraídas en Brasil, Chile, Bolivia, Guatemala (y en la misma Argentina) por los partidos corrientes que levantaban la bandera de la liberación nacional y del combate al imperialismo yanqui. El fracaso de la IS ilustra simplemente la imposibilidad de anclar en el seno de la clase trabajadora latinoamericana una fuerza de izquierda que no tuviera como uno de sus ejes fundamentales el antimperialismo, la lucha contra la dominación de los monopolios extranjeros y contra la política de Estados Unidos al sur del Río Grande.

La revolución cubana vino a situar, más que nunca, a partir de 1959-61, el antimperialismo en el centro de la movilización popular del continente. Como revolución socialista bajo una dirección no-stalinista (independiente de Moscú) tuvo un gran impacto en las bases obreras y los sectores juveniles de los partidos que aún quedaban en la Internacional Socialista: el argentino y el uruguayo. Amplios sectores de su militancia serán atraídos por el castrismo, lo que provocará una serie de escisiones y

⁵ Véase Víctor Alba, op. cit., p. 119: “En 1961, después de una visita a América Latina de Morgan Phillips, del Partido Laborista británico y de la Internacional Socialista, dejó de publicarse el Boletín del Secretario Latinoamericano de la Internacional Socialista y ya no se celebraron otras reuniones. El secretario había aceptado a partidos que rompían con los principios de la Internacional y firmaban acuerdos con los comunistas (como el Partido Socialista Popular de Chile)”. Alba (un autor bastante cercano a la IS) cita como fuentes de esa interesante información a Alexander y Porter, *The Struggle for Democracy in Latin America*, p. 30, e “información directa del autor”.

rupturas. En Argentina el Partido Socialista se divide en cuatro o cinco organizaciones distintas; en Uruguay el PS se desafilia en 1962 de la Internacional Socialista y poco después conoce una crisis que lleva a su división en cuatro sectores rivales (un joven dirigente sindical socialista, Raúl Sendic, va a fundar pocos años después del Movimiento Tupamaro). Con la fragmentación total del socialismo argentino y la desafiliación del uruguayo (que se acerca a Cuba y se alía con los comunistas) parecía haber terminado la trayectoria de la Internacional Socialista en América Latina. En efecto, en esa época se da la desaparición de un tipo de corriente socialdemócrata en América Latina, inspirada por Juan B. Justo, de corte y doctrina europeos, hostil a una alianza con los comunistas, poco sensible a reivindicaciones antimperialistas, esencialmente limitada a la zona del Río de la Plata (encontramos uno u otro partido socialistas cercano o afiliado a la IS en otros países –Brasil por ejemplo-, pero ninguno llegó a tener la importancia política y sindical que tuvieron el argentino y el uruguayo). En el curso de los últimos cinco años se da *no un renacimiento* sino *un desarrollo nuevo, sin precedente*, de la Internacional Socialista en América Latina. Una gran cantidad de partidos y movimientos, algunos de los cuales cuentan con amplia base popular y son de importancia política esencial en su país, se ha afiliado o por lo menos asociado de manera informal a la Internacional Socialista. Están hoy oficialmente afiliados a la IS las siguientes organizaciones políticas: Partido Socialista Popular de Argentina, Partido Laborista de Barbados, Partido Radical de Chile, Partido de Liberación Nacional de Costa Rica, Partido de la Revolución Dominicana, Movimiento Nacionalista Revolucionario de El Salvador, Partido Nacional del pueblo de Jamaica; son miembros de la IS a título consultivo: Acción Democrática y el Movimiento Electoral del Pueblo en Venezuela, así como el Partido Febrerista Revolucionario de Paraguay. Por otra parte mantienen lazos con la IS o han participado (por lo menos como observadores) en conferencias convocadas por ella los siguientes partidos: Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda y Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Bolivia, New Jewel Movement de Granada, Frente Unido de la Revolución y Partido Socialista Democrático de Guatemala, Frente Sandinista de liberación Nacional de Nicaragua, Partido Revolucionario Institucional de México, unión cívica Radical y Movimiento Peronista Montero de Argentina, Partido Trabalhista Brasileiro (ahora llamado Partido Democrático Trabalhista do Brasil), Partido Socialista de Chile, Partido de la Izquierda Democrática de Ecuador, Partido Socialdemócrata y Movimiento Independiente Democrático de Panamá, Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) de Perú, Partido Independista Puertorriqueño.⁶

6 Cf. *Le Monde Diplomatique*, junio de 1980, p.16.

Es evidente que esta última categoría es muy heterogénea: no hay mucho en común por ejemplo entre el FSLN de Nicaragua y el APRA peruano, o entre el New Jewel Movement de Granada y la UCR argentina... Es claro también que los lazos entre estos movimientos y la IS son de distintas naturalezas, limitándose en algunos casos a una relación “diplomática” sin mayores compromisos políticos, ideológicos u organizativos.

Pero es un hecho indiscutible que la Internacional Socialista es hoy en día una fuerza política poderosa, influyente y activa en la escena política del continente. Este nuevo ascenso empezó con la reunión de partidos europeos y latinoamericanos en Caracas (1976) y tuvo su expresión máxima con las grandes conferencias internacionales de Vancouver (1978) y Santo Domingo (1980), en las cuales se tejió la amplia red de relaciones que constituye hoy la zona de influencia de la Internacional Socialista en América Latina.

El cambio de orientación de la IS tiene su punto de cristalización en el Congreso de Ginebra de la Internacional (1976) que eligió a Willy Brandt como un presidente. A partir de ese momento empieza lo que la misma IS llama su “ofensiva hacia el Tercer Mundo”, que tiene en América latina uno de sus ejes principales.⁷

La reunión de Caracas, en abril de 1976 (procedida por un viaje de Willy Brandt a México en marzo de 1975), bajo los auspicios de Acción Democrática y del entonces presidente de Venezuela Carlos Andrés Pérez, reunió a personalidades europeas –entre las cuales Willy Brandt, Mario Soares, Michel Rocard, Bruno Kreisky- con líderes latinoamericanos como Haya de la Torre (APRA), Dudley Thompson (PNC de Jamaica), Muñoz Ledo (PRI mexicano), Anselmo Sule (PR chileno), Aniceto Rodríguez (PS chileno), Ricardo Balbín (UCR argentina), etcétera. Titulada “Reunión de dirigentes políticos de Europa y América en pro de la solidaridad democrática internacional”, no tenía ningún vínculo formal con la Internacional Socialista. La Declaración Final, que habla de una acción concertada a favor de la paz, la justicia social, la libertad y la solidaridad internacional”, fue tildada por el periódico mexicano *El Día* como “un conjunto de vaguedades”... Pero algunos discursos ya plantean un nuevo enfoque: en particular el de Dudley Thompson, del PNP de Jamaica, que insiste en la necesidad para la socialdemocracia de romper con el espíritu de guerra fría y el anticomunismo, para identificar en el imperialismo al enemigo principal.⁸

El encuentro de Vancouver (marzo de 1978) es ya una reunión oficial (congreso) de la Internacional Socialista; participan además de los socialdemócratas europeos, veintinueve organizaciones

⁷ Véase Declaración de Santo Domingo, en *Nueva Sociedad*, marzo-abril de 1980, p. 167.

⁸ *Nueva Sociedad*, n. 24, mayo-junio de 1976.

latinoamericanas, entre las cuales, como observador, el FSLN de Nicaragua. Por iniciativa de los socialdemócratas suecos, se creó un “grupo de trabajo” de la IS sobre América Latina, con Michel Manley del PNC (entonces primer ministro de Jamaica) como presidente y José Francisco Peña Gomes, del PRD dominicano, como secretario; según James Petras, el partido sueco, más progresista y menos vinculado al capital europeo, condujo en esa reunión una lucha de influencia con la SPD alemana, cuyos aliados en América Latina (Oduber del PLN de Costa Rica, Gonzalo Barrios de AD de Venezuela) estaban más cercanos a los círculos capitalistas.⁹ Poco después (mayo de 1978) se dan las elecciones en República Dominicana, que resultan en la victoria del PRD; la eficaz intervención de la IS (incluso ejerciendo presiones sobre el gobierno estadounidense) logró impedir un golpe militar y garantizar el acceso a la presidencia de Antonio Guzmán. Esta exitosa acción incrementó considerablemente el prestigio de la IS en América Latina. Todavía el mismo año (octubre de 1978) se reúne en Portugal, por convocación del PS portugués, una conferencia sobre “El proceso de democratización de la península ibérica y América Latina”, con la participación de 33 partidos de Europa, América Latina y África. Finalmente la más reciente reunión de ese tipo se realizó en Santo Domingo, bajo el patrocinio del PRD gobernante (marzo de 1980), como “Primera Conferencia Regional de la IS para América Latina y el Caribe”. Además de los participantes del Congreso de Vancouver, encontramos, en el campo latinoamericano, representantes del Partido Liberal de Colombia y del New Jewel Movement de Granada: dos extremos del espacio político ocupado por la IS y sus contactos multilaterales... Se discutió sobre las “perspectivas políticas para el socialismo democrático en América Latina y el Caribe”; es sintomático del cambio de orientación de la IS en América Latina que su secretario general Berna Carlsson, invitara (en vísperas del encuentro) a Fidel Castro, en cuanto presidente en ejercicio del Movimiento de los Países No Alineados, para que participara en la conferencia ... La reunión fue preparada por un “Taller Ideológico” realizado por el CEDAL (Centro de Estudios Democráticos de América Latina, cercano a la Friedrich Ebert Stiftung de Alemania) en Costa Rica a fines del 1979, que formuló recomendaciones para la Conferencia de Santo Domingo; entre éstas una resolución que proclama como “objetivo histórico” de la IS “la implantación del socialismo en América Latina, es decir la socialización plena de los medios de producción a través de la libre voluntad de cada pueblo, en democracia y pluralismo político”.¹⁰ Es característico de la heterogeneidad política de la conferencia de Santo Domingo que esa afirmación clásica del programa socialista (aun como perspectiva “histórica”, es decir, lejana) no figure en la

9 J. Petras, “La social-democratie en Amérique Latine”, *Le Monde Diplomatique*, junio de 1980, p. 17.

10 *Nueva Sociedad*, n. 46, enero-febrero de 1980, p. 160.

Declaración Final, donde se encuentran formulaciones mucho más vagas y descomprometidas como: “Postulamos una democracia con participación popular; que entregue a la clase trabajadora el goce de los frutos del progreso en un sistema pluralista que asegure el pleno empleo y una distribución justa del ingreso”.¹¹ Es interesante subrayar que la declaración condena expresamente al imperialismo, y en particular el nuevo modelo de dominación que aplica en el Cono Sur; pero en ningún momento ese imperialismo es identificable con Estados Unidos o su gobierno.

¿Cómo explicar que un movimiento que parecía en los años sesenta haber desaparecido por completo del continente pudiera volver a fines de los años setenta como una de las principales corrientes políticas de América Latina? Se pueden avanzar varias hipótesis sobre las causas de este fenómeno nuevo y sorprendente.

En primer lugar, el peso y el interés creciente del capital europeo en América Latina y sus contradicciones con el capital norteamericano. Según la irónica expresión de James Petras, “parece difícil escapar a la conclusión de que la bandera rosada de la socialdemocracia abre el camino al marco verde del capital alemán”. Pero el mismo Petras subraya que la socialdemocracia sueca, por ejemplo, obedece a motivaciones que no son necesariamente las del capital sueco, lo que le permite tener un mayor margen de maniobra en su relación con fuerzas progresistas en América Latina.¹² De todas maneras la rivalidad entre capitales europeos y norteamericanos y el interés de ciertos círculos de negocios y grupos políticos de América Latina en contrarrestar la dependencia exclusiva hacia Estados Unidos con una mayor apertura hacia Europa (en términos de impresiones, ayuda económica, transferencia de tecnología, etcétera), ha contribuido seguramente al desarrollo de la influencia de la socialdemocracia europea en el continente latinoamericano.

Otro elemento ese mismo contexto: la histórica alza de precios de petróleo en 1974, que planteó con urgencia para Europa y sus gobiernos socialdemócratas la necesidad de encontrar un lenguaje común con los países del Tercer Mundo y en particular de diversificar sus fuentes de petróleo. Por ésa o por otras razones, los primeros viajes y contactos importantes de la IS (en nueva fase) con América Latina se dirigieron a México y Venezuela, los dos principales productos de petróleo del continente...

Pero sería demasiado mecánico reducir el nuevo papel de la IS en América Latina simplemente a las necesidades del capital europeo: factores propiamente políticos e ideológicos son no menos importantes. Con el fin de la guerra fría, la ruptura entre China y la URSS, el desarrollo del “policentrismo” en el movimiento comunista, el surgimiento del eurocomunismo, van poco a poco

11 Declaración de Santo Domingo, *Nueva Sociedad*, n. 47, marzo-abril de 1980, p. 168.

12 J. Petras, op. cit., p. 15.

cambiando la doctrina, la actitud, las formas de pensar y sentir de los cuadros de la IS, y se van gestando condiciones para una orientación propia, distinta de la del Departamento de Estado (aún se mantiene dentro de los límites de la “defensa del mundo libre”). El golpe militar contra Salvador Allende en 1973 va a cristalizar las divergencias con la política norteamericana (claramente alineada con la ITT y con Pinochet en ese momento) y estimular este desarrollo autónomo.

Es a partir de esa época que se va a implementar progresivamente la así llamada “ofensiva” de la IS hacia América Latina, con vistas a la creación de un campo político y de una red de relaciones específicas, en rivalidad con las actividades del gobierno norteamericano y sus aliados sindicales (AFLCIO, ORIT): intensificación de las actividades de la Friedrich Ebert Stiftung y sus asociados en el continente –Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), Centro de Estudios democráticos sobre América Latina (CEDAL), etcétera, viajes repetidos de dirigentes de la IS a América Latina (Hans Janitseks, secretario general de la IS, y Willy Brandt en 1975, Felipe González en 1977, Mario Soares en 1978, etcétera), reuniones con partidos latinoamericanos, conferencias regionales, etcétera. Parte de esa “ofensiva” es también un cambio de actitud hacia Cuba, que se manifiesta sobre todo en la orientación de la socialdemocracia sueca, pero que está lejos de ser compartida por el conjunto de las fuerzas de la IS en Europa y/o en América Latina.¹³ Obviamente, la socialdemocracia europea (aun si es más homogénea que su área de influencia latinoamericana) no constituye de ninguna manera un bloque monolítico, y encontramos en su seno las actitudes más variadas hacia América Latina, desde el atlantismo y la preocupación por los intereses del capital europeo de la corriente más moderada (y más cercana a los círculos de negocios) hasta la solidaridad activa con las luchas antimperialistas y revolucionarias en el continente de los sectores más radicales, de corte marxista, existen posiciones distintas y aun contradictorias entre partidos de diversos países y en el seno de cada partido socialdemócrata europeo. Desde ese punto de vista se puede descubrir una curiosa analogía entre la radicalización de la IS y la de la Iglesia en América Latina: en los dos casos institucionales que hacían del anticomunismo el eje de su accionar político han evolucionado hacia posiciones más abiertas, llegando a apoyar movimientos de corte revolucionario; aun si mantienen en su seno una gama de concepciones muy amplia y heterogéneo (pero con predominio del reformismo social).

13 Véase el vibrante homenaje a Cuba de Pierre Schori, secretario general del Partido Socialdemócrata Sueco en *Nueva Sociedad*, n. 52, enero-febrero de 1981: “Porque Cuba ha hecho lo que ninguno: ha desafiado al gigante del hemisferio y sobrevivido. A los ojos Latinoamericanos es ésta una proeza que tiene las mismas proporciones históricas que las victorias de Bolívar y los otros rebeldes sobre el colonialismo europeo en otros tiempos. Fidel Castro, Che Guevara y Camilo Cienfuegos forman, simplemente, parte de la tradición heroica del continente. Ni toda la propaganda del mundo puede cambiar esta impresión básica en América Latina, especialmente en las nuevas generaciones”.

Pero estas iniciativas y actividades intensas no hubieran producido resultados tan importantes si no existiera también un interés creciente por parte de varias fuerzas políticas latinoamericanas; las motivaciones de su acercamiento a la IS son de las más variadas: para los movimientos de corte antimperialistas (ceranos a Cuba) se trató, entre otras, de la voluntad de diversificar sus fuentes de apoyo económico y político, para no quedar en una situación de dependencia exclusiva hacia la Unión Soviética; para los partidos más moderados fue el impresionante desarrollo de la socialdemocracia europea en los últimos años (en particular en la península ibérica, vinculada a América Latina por tradicionales lazos culturales) lo que constituyó uno de los principales motivos hacia la IS.

Todas las explicaciones económicas, ideológicas y políticas que hemos mencionado hasta ahora son importantes para aclarar el espectacular ascenso de la IS al sur del Río Grande, pero parece imposible comprender el fenómeno si no se lo ubica en un contexto más amplio: se trata en realidad de un *proceso histórico-mundial: la socialdemocratización de la escena política desde mediados de los años setenta*. Entendemos por este término un proceso de desarrollo rápido y masivo de la socialdemocracia en varios países y/o el acercamiento a la socialdemocracia de corrientes políticas de naturaleza distinta, provocando un cambio sustancial en el sistema de representación política en escala internacional.

Como resultado simultáneo de la doble crisis del sistema capitalista mundial y del así llamado “socialismo realmente existente”, se ha creado una nueva coyuntura histórica; se ha abierto un cierto espacio político para una crítica revolucionaria del capitalismo y de la burocracia stalinista y, frente a la debilidad de las corrientes revolucionarias, el principal beneficiario de esta doble crisis ha sido la socialdemocracia –bajo condición, por supuesto, de una cierta renovación y del abandono de viejos equipos y antiguas doctrinas demasiado marcados por el clima de la guerra fría. La manifestación más importante de este reforzamiento sorprendente de la socialdemocracia se dio en Europa del sur, en países en los cuales los partidos comunistas tenían una sólida implantación y una larga tradición; se asistió así al “renacimiento” de partidos socialdemócratas que habían declinado (Francia), su desarrollo masivo donde estaban muy debilitados (España) o eran casi inexistentes (Portugal), e incluso la aparición de partidos socialistas nuevos (PASOK en Grecia, que es un caso un poco particular). Pero la socialdemocratización de la escena política al desarrollo y ascenso de partidos de la IS en ciertos países: toma también la forma de *socialdemocratización –por lo menos parcial- de otras fuerzas políticas*. Por ejemplo, el *eurocomunismo* se puede considerar, en nuestra opinión, como un proceso –aun incipiente y no necesariamente irreversible- de socialdemocratización parcial de ciertos

partidos comunistas.

En América Latina, el proceso mundial de socialdemocratización de la escena política ha tomado formas distintas de las europeas: *no* se produjo el renacimiento (en Argentina por ejemplo) o surgimiento de partidos auténticamente socialdemócratas en el continente, ni tampoco un acercamiento de partidos comunistas a la socialdemocracia. Lo que se produjo fueron dos procesos de carácter muy distinto, a través de los cuales se relacionaron con la Internacional Socialista grupos y corrientes situados a su “derecha” y a su “izquierda” (para utilizar una terminología clásica), pero que no son –ni los unos ni los otros- de naturaleza realmente socialdemócrata:

a] por la izquierda, mantienen vínculos con la IS (pero sin afiliarse) movimientos de carácter antimperialista y anticapitalista, partidarios de la lucha armada y con afinidades ideológicas hacia la revolución cubana: FSLN de Nicaragua, New Jewel Movement de Granada, FDCR de Guatemala (los Montoneros de Argentina sólo hasta cierto punto pertenecen a esta categoría).

b] por la derecha, se han acercado –y hasta filiado- a la IS partidos y corrientes tradicionales de carácter populista, que hace décadas son parte integral del orden establecido en América Latina: AD de Venezuela, APRA de Perú, PLN de Costa Rica, etcétera.

Este último fenómeno es sin duda el de mayor peso político en la actual composición del campo de la IS en América Latina. Nos parece importante, para entender el proceso, el subrayar que tales partidos no son (o por lo menos no eran hasta ahora) auténticos partidos socialdemócratas.

Un “tipo ideal” weberiano de la socialdemocracia presentaría las siguientes características: un partido de origen y base social obrera, orgánicamente vinculado a los sindicatos, con una referencia doctrinaria esencial al socialismo como “finalidad histórica”, con una presencia de corrientes minoritarias de izquierda, de tendencia marxista; un partido que lleva una política concreta de “gestión reformadora” del capitalismo, de corte keynesiano, y que tiene una orientación internacional de defensa del “mundo libre”; su estructura y funcionamiento son de tipo burocrático-racional, y su campo de acción privilegiado es el parlamento.

Ahora bien, el “tipo ideal” de partido populista latinoamericano presentaría una figura bastante distinta: un partido policlasista, que se reclama del “pueblo” en general (o de la “nación”), con poca o ninguna referencia ideológica al socialismo (o sólo a un hipotético “socialismo nacional”), más ligado al aparato de Estado que a los sindicatos, y cuya cumbre dirigente, originaria de las clases medias, tiene relaciones más o menos directas con las clases patronales. Se trata además de partidos que articulan, en su sistema de legitimidad política, elementos tradicionales (clientelismo, etcétera),

burocráticos y carismáticos (caudillos); una vez en el poder privilegian el poder ejecutivo y las formas autoritarias de dominación (combinándolas con las formas legales representativas).

Claro que en la realidad empírica del continente las fronteras son menos tajantes, y la distinción se hace a veces difícil, en la medida en que aparecen estructuras de carácter “híbrido”.

Durante su primer periodo –generalmente los años treinta o cuarenta- algunos de esos partidos populistas llegaron a tener una orientación de corte antimperialista (dentro de ciertos límites); pero en el curso de la guerra fría van a perder esta dimensión y reconciliarse con Estados Unidos (ejemplo típico de este cambio: el APRA peruano). En los años cincuenta y sesenta varios de esos partidos autotitulados “populares” establecen relaciones privilegiadas con ciertos círculos norteamericanos: la ORIT, la AFL-CIO, el Partido Demócrata, el Departamento de Estado y a veces... la CIA. Por ejemplo es hartamente conocido y documentado que la Escuela Interamericana de Educación Democrática, fundada en 1959 en Costa Rica por José Figueres, del PLN, recibía subsidios de la CIA. Claro que había excepciones, como el PTB brasileño, que persistía en mantener relaciones con el Partido Comunista y que era por tanto excluido de esta conexión; lo mismo vale también, por otras razones, para el peronismo y (en cierta medida) para el PRI mexicano, cuyas relaciones con el “vecino del norte” han sido generalmente menos armoniosos.

La revolución cubana provocó una crisis bastante profunda en varios partidos de esta corriente, produciendo luchas internas, escisiones, etcétera. Por otro lado el mismo desarrollo del continente, la “modernización” de la lucha de clases y de la vida política y la radicalización de las capas medias (como resultado de la semiproletarización de la fuerza de trabajo intelectual) han conducido a un cierto agotamiento del modelo político y de la ideología populistas, obligando a los partidos a buscar una nueva forma de legitimidad. Hay que añadir que la política del gobierno Nixon al favorecer abiertamente a las dictaduras militares, ha obligado a esos partidos a buscar un nuevo sistema de alianzas internacionales, lo que fomentó su acercamiento a la socialdemocracia europea, que empieza a principios de los años setenta y ya está consolidado cuando llega Carter a la presidencia).

Llegamos así en los últimos cinco años a un proceso de socialdemocratización parcial de los partidos populistas, que ha tomado formas distintas en cada país. Algunos de ellos pueden tal vez ser considerados como híbridos “social-populistas”, que ejercen una doble función populista/socialdemócrata en el sistema político nacional; para otros el lazo con la socialdemocracia es más “diplomático”, superficial o retórico, sin implicar ningún cambio en su naturaleza social o política.

Escapa a los límites de este ensayo un análisis de la política que llevaron en el gobierno, en los últimos diez años, los partidos asociados a la IS; simplemente hay que constatar el fracaso de su tentativa de “gestión reformadora” del capitalismo dependiente, que acabó llevando a su derrota política en Venezuela, Costa Rica y Jamaica (la República Dominicana es hasta ahora la única excepción).

Es interesante subrayar que han aparecido en América Latina, en el curso de los últimos años, partidos obreros y socialistas nuevos, con sustancial apoyo popular, bastante críticos hacia el “modelo soviético”, y con planteamientos sociales y políticos más radicales que los de la izquierda tradicional (partidos comunistas o populistas): el MAS de Venezuela, el Partido Socialista Uno de Quiroga Santa Cruz en Bolivia y el Partido dos Trabalhadores (PT) de Brasil. Ahora bien, es significativo que *ninguno de esos partidos ha decidido hasta ahora vincularse a la Internacional Socialista ni participar en sus conferencias.*

El caso brasileño es probablemente el más importante: con la creación, en 1979, del PT por iniciativa de un grupo de dirigentes sindicales clasistas (Lula y sus compañeros) –y con el apoyo de algunas corrientes marxistas de corte revolucionario- se constituyó, por primera vez en Brasil, un auténtico partido de trabajadores, con una orientación de clase (independiente del Estado y de la burguesía llamada nacional), con un programa claramente anticapitalista y antimperialista, y con una gran base obrera, campesina y popular. Partido de tipo nuevo, ni stalinista, ni socialdemócrata, ni populista, el PT trata de organizarse democráticamente, de “abajo hacia arriba”, a partir de núcleos militantes de base, buscando superar a la vez el centralismo burocrático de los viejos partidos comunistas y el modelo tradicional de partido electoral de carácter meramente parlamentario. Hay que reconocer que el PT se formó en contradicción total con los proyectos de la IS, que trató de gestionar la formación de un movimiento de tipo socialdemócrata en Brasil, a través de contactos con ciertas corrientes del partido de la oposición liberal (Movimiento Democrático Brasileiro, MDB) y con el PTB de Leonel Brizzola. (Y también, hay que añadir, en contradicción completa con la política de los dos partidos comunistas –el pro-soviético y el pro-albanés- que prefieren seguir actuando en el seno del MDB, en el cuadro de su estrategia de alianza con la burguesía nacional.) Mientras la IS negociaba con círculos parlamentarios moderados y con herederos del viejo populismo vanguardista, surgía, en el seno del movimiento obrero y sindical brasileño, una fuerza nueva, que desbordaba, por su radicalismo clasista, los límites del esquema socialdemócrata. (Esto no quiere decir que el PT no tenga contactos, o relaciones fraternales, con partidos socialdemócratas –así como eurocomunistas, o independientes de

izquierda- en Europa).

En otros términos: el espectacular desarrollo de la IS en América Latina no ha producido el surgimiento o refuerzo de partidos de corte obrero socialdemócrata semejantes a los que constituyen la base europea de la Internacional. Se han acercado a la IS organizaciones revolucionarias ant imperialistas (FSLN, New Jewel Movement) que no son para nada socialdemócratas, o frentes revolucionarios en los cuales la socialdemocracia es minoritaria (FDR de El Salvador, FDCR de Guatemala); al mismo tiempo se han afiliado o asociado estrechamente a la IS partidos venidos del tradicional populismo latinoamericano. Por otro lado han quedado fuera del campo de la IS varios auténticos partidos obreros y socialistas, que no aceptan el modelo socialdemócrata y prefieren mantenerse independientes. ¿No quiere esto decir que la socialdemocracia es un modelo político inadecuado para las realidades sociales y políticas del continente (dominación imperialista, conflictos sociales violentos, etcétera)?

Si el golpe militar contra la Unidad Popular en Chile (apoyado por Estados Unidos) obligó a la IS a revisar algunas de sus convicciones doctrinarias sobre el “mundo libre”, la revolución nicaragüense estimuló un cambio significativo de su orientación. Al apoyar al FSLN de Nicaragua, el New Jewel de Granada, el Frente Democrático Revolucionario de El Salvador y el Frente Democrático Contra la Represión de Guatemala, la IS pasa a solidarizarse con fuerzas políticas no sólo antidictatoriales sino también radicalmente ant imperialistas, con frentes políticos en que participan varias corrientes (incluso la socialdemócrata) pero en las cuales los sectores revolucionarios marxistas partidarios de la lucha armada son hegemónicos. Es probable que el hecho de que los principales entre sectores marxista no estén alineados con la Unión Soviética (aun si mantienen lazos fraternales con Cuba) haya facilitado la actitud positiva de la IS; por otro lado la sangrienta política represiva de las dictaduras forzó a la IS, a pesar de sus dogmas parlamentarias y su rechazo de principio a la violencia revolucionaria, a aceptar la legitimidad de los movimientos armados en América Central. El apoyo a estas fuerzas constituye sin duda un viraje importante, y probablemente el aspecto más nuevo e inesperado de la “ofensiva” latinoamericana de la IS; y no debe sorprender que las fuerzas más moderadas (para no decir conservadoras) del campo tradicional de la IS, como el PLN de Costa Rica, hayan manifestado su descontento frente a esa ruptura con el pasado. En América Central y el Caribe la actual orientación de Internacional Socialista es, en algunos puntos clave, directamente contradictoria con la política del imperialismo norteamericano, lo que significa un cambio sustancial en la relación de fuerzas en

América Latina (lo que no quiere decir, obviamente, que la IS no prefiera, en último análisis, soluciones de corte reformista).

Dos acontecimientos recientes pueden favorecer el desarrollo de esta nueva tendencia en los próximos años: 1] la elección de Reagan y su política de “reconciliación” con las dictaduras militares en América Latina, que planteará a la IS la necesidad de profundizar su distanciamiento en relación al dispositivo político y diplomático-militar del imperialismo estadounidense en el continente; 2] la elección de François Mitterrand y la formación de un gobierno de coalición socialista-comunista en Francia, que proclama su solidaridad con los pueblos de Nicaragua y El Salvador.

Estos acontecimientos plantean desafíos a la IS, que se verá cada vez más confrontada por la necesidad de optar entre su tradicional fidelidad a la alianza atlántica, al así llamado “mundo libre” (dirigido por Estados Unidos) y su nueva práctica de solidaridad con movimientos antimperialistas en América Latina; o entre sus viejos tabúes anticomunistas y su nueva orientación (por lo menos en algunos países) de frente unido de todas las fuerzas obreras y populares que luchan contra las dictaduras y la reacción, incluyendo a comunistas, marxistas y revolucionarios de varias tendencias.